



SANTO DOMINGO EL REAL.

El triste cuadro que ofrecen nuestros antiguos monasterios, reducidos unos á miseros escombros, amenazados otros de próxima ruina, y sumidos todos en lamentable estado, no ha podido menos de oscitar el celo de varias personas amantes de las artes y fieles á las creencias de sus mayores, las cuales, por medio de la prensa y del buril, han procurado salvar algunos de aquellos venerandos edificios, ó cuando menos, transmitir á las futuras generaciones, una exacta noticia de las preciosidades que encerraban.

Por nuestra parte, lo decimos con mucha satisfacción, hemos contribuido á tan noble y santa empresa, consagrando algunas vigili-
as en obsequio de la religión y de las artes, hijas predilectas de aquella, formadas por su influjo, y á su benéfica sombra sostenidas también y fomentadas.

Continuando la comenzada y generosa tarea, presentamos hoy á nuestros lectores la historia y descripción del insigne monasterio de santo Domingo el Real de Madrid, asilo de la virtud, depósito de bellezas artísticas, sepulcro de célebres personajes y honorífico blason de la coronada villa.

La historia de este célebre monasterio se remonta á la década segunda del siglo XIII, y su fundación es la mas convincente prueba de que á la sazón tenía Madrid alguna importancia.

En el año de 1217: resonaba en toda Europa el nombre de un español, dotado de profundo saber, de humildad aun mas profunda,

de caridad, de elocuencia, de eruditas virtudes y cualidades, en su pueden adornar á un hombre distinguido hasta por el lustre de su cuna. Fijada la época, y espresadas las circunstancias del sujeto, habrá conocido el lector que hablamos de Domingo de Guzman. Deseaba este varon esclarecido que se extendiese por la Península Española el instituto que habia fundado, y al efecto escogió cuatro virtuosos y sabios sacerdotes, los cuales, hallándose en Roma el Santo Patriarca, salieron del convento de San Roman de Tolosa, penetraron en España, cruzaron la Cataluña, el Aragon y la Castilla, y á escepcion de uno que se dirigió á Portugal, llegaron á Madrid en donde quedó al fin solo Fr. Pedro de Madia, natural del mismo pueblo, que habia sido canónigo de Oseña.

La virtud de Fr. Pedro cautivó á sus paisanos, los cuales pusieron á su disposición una casa para que fundase en ella un convento, contribuyendo igualmente con bienes para sostenerlo. Redújola en poco tiempo á la forma que su nuevo destino exigia, y dió algunos hábitos, segun indican varios cronistas. En el siguiente año é 1218, vino á España el santo Patriarca, y habiendo fundado en Segovia el convento de santa Cruz, llegó á Madrid por el mes de octubre.

Admirados los madrileños de su santa vida, le miraron con toda la veneracion y aprecio que tan esclarecido varon merecía. Correspondió el santo á los obsequios que se le tributaban reformando las costumbres, y al ver el estado en que el nascente convento se hallaba

determinó que se destinase para religiosas, lo que fué aprobado por el concejo y habitantes de Madrid. Dióse principio en virtud de esta medida á la construcción del monasterio trabajando entre los operarios el mismo santo.

Hízose el edificio con mucha pobreza, fuera de la puerta de Balaosá, en el mismo sitio que ocupa el que es objeto de esta memoria, y terminado que fué profesaron las primeras religiosas en manos del santo Patriarca quien las dió por regla la de san Agustín y dedicó la reducida iglesia á santo Domingo de Silos, dejando al frente de la nueva fundación á su hermano el beato Manes ó Mamerto.

Opinan Echarr y el M. Serfín que este se debe considerar como el primer convento de religiosas que tuvo en Europa la orden, fundándose en que no se redujeron las monjas de Roma al convento de san Sixto hasta que santo Domingo volvió á la capital del cristianismo despues de haber estado en España, é igualmente en que el convento del Prulliano siguió con la regla del Cister hasta el año de 1220. No es la mas recibida esta opinión por lo cual nos limitamos á consignarla.

Hizo santo Domingo tanta estima de los vecinos de Madrid que por sus informes el pontífice Honorio III escribió una carta muy honorífica para aquellos. Muchas señoras principales se acogieron al nuevo instituto citándose entre otras Doña Flor, que trajo en dote á este convento el señorío del lugar de Rajas. Poco tiempo duró el pobre edificio que santo Domingo Isidro, pues hallándose Fr. Domingo Muñoz al frente del monasterio, á mediados del mismo siglo en que se fundó, con las limosnas de los habitantes de Madrid y el producto de una indulgencia que al efecto concedió Alejandro IV se redifundió solidamente y por completo, quedando desde entonces confundidas como dice Castillo, las memorias de este santo varón con las del inclito patriarca.

Recios combates sufrió desde su fundación el insignie monasterio, aprovechando sus enemigos cuantas ocasiones se les ofrecian para hacerle toda clase de perjuicios, ya privando á las religiosas de sus directores, ya poniendo límites á las donaciones de los fieles, ya por último queriéndola despojar de sus bienes injusta y descaradamente.

Menester fué que el Sumo Pontífice Gregorio IX y el rey de Castilla Fernando III tomasen bajo su especial protección esta santa casa pues aparentando unos que era dañosa al estado su prosperidad, y queriendo otros, como el infante D. Fadrique, usurpar la corta hacienda que un sujeto piadoso había legado en su favor, hubiera dejado de existir sin el auxilio del gobe de la iglesia y el del estado. Llegó sin embargo ocasion en que las religiosas tuvieron que retirarse á las casas de sus padres y deudos, suceso que indican las historias de la orden aunque sin fijar la causa que le motivó ni el año en que tuvo lugar.

En medio de tantas y tan continuas persecuciones la fama de este ilustre monasterio se aumentaba, llegando á ser citada como ejemplo de la virtud de sus moradoras.

Admirábase muy particularmente la infanta Doña Berenguela hija de Alfonso X y de la reina Doña Violante, y deseosa de llegar á tan alto grado de perfección, determinó tomar el hábito en esta venerable casa, escribiendo al efecto á la superiora repetidas cartas. Llegaron á noticia del rey los proyectos de la jóven princesa, y sospechando que las monjas tratarian de seducirla, fué al monasterio, y con palabras que mostraban su indignación, afé y reprendió á la priora la supuesta falta. Oyó conserenida la inocente señora tan injusto y duro trato, y no pudiéndose levantar del lecho por el peso de los años, le dijo al monarca: «hijo caro, alcánzame aquel cofrecillo.» Hízolo así el rey, quedando confundido, cuando la priora, mostrándole las cartas de su hija, le dió pruebas de la indigna parte que tenia la comunidad en el asunto.

Querió satisfecho el rey, conservando toda su vida á este varrvento particular afecto.

Desagrado á la infanta el proceder de la priora en tanto grado, que hallándose en Guadalajara determinó venir á Madrid y pegar fuego al monasterio. No llegó á realizarlo; antes bien le miró de nuevo con aprecio, y cuando ocurrió en temprana muerte le dejó entre otros legados, el Señorío de la ciudad de Guadalajara. Valveremos á ocuparnos de esta señora al describir el coro, donde está sepultada.

Reparaban los reyes con piadoso esmero los defectos que las guerras y el transcurso de los tiempos hacian continuamente en los bienes del monasterio, que pareciendo rico en otras ocasiones, llegaba en otras á ser en realidad pobre. Sancho IV, Enrique II y otros monarcas se distinguieron por su laudable celo en sostener el espejo de la virtud, título que el Medrano á esta ilustre casa.

Doña Costanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, desempeñó el cargo de priora en el siglo XV por espacio de 30 años, periodo el mas brillante de la historia de esta casa, que debió al celo de aquella señora un aumento considerable en rentas, en ornato y en celebridad. El cargo que la profesó doña Catalina, esposa de Enri-

que III, redundó en beneficio del monasterio que fué protegido por dicha reina y agraciado por su hijo don Juan II con 40,000 ms. anuales, á los que en 1463 la reina doña Juana esposa de Enrique IV agregó 10,000 «en alguna emmienda ó remuneracion de los continuos servicios que mi parienta la priora doña Costanza ha hecho é face al rei mi señor». espresa el privilegio.

Todos estos beneficios y otros muchos que prelados grandes y varias personas hicieron, los recibió el convento por el influjo y buen nombre de la digna priora cuya vida ejemplar era admirada y alabada por todos.

Despues de haber trasladado á la iglesia de este real monasterio y colocado en sepuleros suntuosos los restos de su padre el titulado infante D. Juan y de su abuelo el rey D. Pedro, despues de haber dado tantos y tan buenos ejemplos, renunció el cargo de priora y en 1475 fué á recibir en la otra vida el premio que merecian sus virtudes.

La falta de la esclarecida prelada se hizo sentir bien pronto. Empezó á relajarse la observancia conservada únicamente por ejemplo y autoridad de aquella señora, y las religiosas, faltando el voto de pobreza, y viviendo aisladas é independientes, usaban mesa y traje particular, segun los posibles de cada una. Causaba este desorden muchos males al monasterio, y profundo sentimiento á las personas doctas, y á cuantos conocían la historia y circunstancias de esta venerable casa. El mal, sin embargo, había echado raíces tan profundas, que no bastaban á remediarlo el laudable celo de varones sábios, el prestigio de algunos prelados, y los mandatos del general de la orden. Hublar entonces á las religiosas de observancia, era, dice el obispo de Monopol D. Juan Lopez, quererlas hacer entender que habian de batirse con leones. Y sin duda hubiera perecido el monumento que Santo Domingo de Guzman y los siempre honrados moradores de Madrid erijeron á la virtud, si la providencia no hubiese colocado en el trono de Castilla, una señora dotada por todos conceptos de las mas relevantes cualidades. Tomó parte en el lamentable asunto la inclita reina Doña Isabel la Católica, y escribió á las religiosas, recordándoles sus deberes con franqueza y dignidad, y expresando «quisiera ir á decirlo esto, y porque no tengo agora disposicion y espacio quise escribiros.»

Para evitar que la pobreza de la casa pudiese presentarse como protesta, espidió en union con su esposo un privilegio, fechado en Alcalá de Henares á 20 de diciembre de 1497, concediendo á este monasterio doscientos carneros al año, con la espresa condicion de que las monjas volviesen al cumplimiento de sus obligaciones, pues de lo contrario daba por nula y de ningun valor aquella gracia. Anímronse con el proceder de la reina las buenas religiosas que deploraban el estado á que las casas habían llegado, y consiguieron atraer á las disculas que tanto mal hacían.

Debióse el restablecimiento de la observancia á la prudencia y autoeidad de Isabel la Católica, y un suceso que ocurrió despues de la muerte de aquella Señora, influyó mucho en que sus acertadas reformas se consolidasen, haciendo que la vida comun fuese mirada con aprecio por las mismas religiosas, que tanto se habían opuesto á ella. En el silencio de la noche, y al mismo tiempo que la comunidad estaba en el coro rezando los Matines, se oyeron de improviso, bajo las bóvedas del solitario templo, unos golpes acompañados de voces lastimeras: pero tan confusas, y hasta cierto punto apagadas, que no era posible comprenderlas. Suspendiéronse los sagrados cánticos, la consternacion sucedió al fervor, y el coro quedó al instante desierto, continuando sin intermision los angustiosos quejidos. Sobrecogidas de terror las religiosas, pasaron toda la noche en vela, y al siguiente día se dispuso que la comunidad tuviese un solo dormitorio. La causa del raro suceso fué un lamentable descuido. Posían los descendientes de D. Juan de Castilla, hijo del rey D. Pedro, una de las capillas de la iglesia, sirviéndoles de panteon la correspondiente bóveda. Colocaron en ella el cuerpo de una señora llamada Doña Maria de Gárdenas, muger de un caballero vizcaíno del D. Juan, y halliéndose vestida en sí á las pocas horas, conoció su terrible situación, rompió las ligaduras de la mortaja, saltó del altar, y subió la escalera del panteon, mas en valde, porque había sido cerrado cuando terminó el entierro. Tres meses despues abrieron la infaesta puerta para hacer otro entierro, y quedaron sorprendidos y horrorizados al ver el cuerpo de la infeliz doña Maria, cuya espantosa muerte llenó de asombro á su esposo, que la idolababa, y á la comunidad, que comprendió la verdadera causa de los tristes ayes que en el silencioso templo resonaron.

Hemos hecho mención de este suceso que refiere Gonzalo Fernandez de Oviedo y reproduce Quintana, por la circunstancia de que sin duda contribuyó á extender y arraigar entre estas religiosas la vida comun.

No bien se habían remediado los males que el olvido de la observancia acarreó al monasterio, cuando estuvo á punto de perderse. Encendida la guerra civil de las Comunidades, y levantado á favor

de estas el pueblo de Madrid, retirándose al fortificado alcázar los partidarios y soldados del emperador; que fueron vencidos por los madrileños á pesar de la valerosa resistencia que opusieron. Mientras duró la ruidosa y sangrienta pelea, recojieron y ampararon las religiosas de esta santa casa todas las jóvenes que por los compromisos de sus padres ó donados se veían amenazadas de algun peligro: hallando estas afligidas señoras á la sombra del convento la seguridad que no podían prestarlas fuera de allí la inocencia y el sexo. Interpretaron mal tan generoso comportamiento algunos de esos hombres que solamente sirven para deshonorar las causas que abrazan, y en un momento de furor diabólico pegaron fuego al monasterio. Rodeándole por todas partes las llamas, y en poco tiempo le hubieron reducido á cenizas, si los mismos vecinos que tuvieron suficiente brío para conquistar el alcázar, no hubiesen corrido á perseguir á los criminales, á cortar el incendio y á impedir que tamaña catástrofe cubriese á Madrid de luto.

Dignos son de particular mención los funerales celebrados por el eterno descanso del príncipe D. Carlos en la iglesia de este real monasterio á la que trasladaron su cadáver con extraordinaria pompa usado el régio alcázar el mismo día en que falleció. El tabud guarnecido de terciopelo negro puesto en unas gradas y cubierto de un rico paño fué conducido alternativamente por varios grandes de España, quienes le colocaron en un catafalco que se levantó en el centro de la indicada iglesia.

Después de cantar un nocturno la Capilla Real y otro la comunidad los mismos grandes que trajeron el cuerpo de S. A. le introdujeron en el coro para lo cual habia sido rota la pared. Hizo la entrega el príncipe de Eboli desenterrando el cadáver, que fué reconocido por la priora, por los hijos del emperador de Alemania Maximiliano II y por otras personas. Terminada la ceremonia dos monjes de Espinosa metieron el féretro en el sepulcro «el cual dice Lopez de Hoyos se habia hecho artificialmente á manera de bóveda» entre dos rejas iguales á las que existen á los lados del comulgatorio.

El día 24 de Julio de 1598 á las 18 horas de haber muerto el joven príncipe siendo ya de noche, y de la manera que hemos referido se depositaron sus restos bajo la custodia de las vírgenes consagradas al Señor. Además del novenario solemne que siguió al entierro, celebróse en esta santa casa el 10 de Agosto exequias magnificas, desplegando en ellas Felipe II toda la pompa que en ciertas ocasiones solía ostentar. Cubrían los muros del templo colgaduras de terciopelo adornadas de escudos de armas con lambetes atravesados como de primogénito que no llegó á heredar: en el medio de la iglesia campeaba un soberbio túmulo al que servía de bóveda el cielo por haber sido abierta la del templo, y delante del mausoleo de D. Pedro el erud aparecía el altar con una cruz de oro, seis preciosos candeleros y todo el servicio de infinito valor. Completaban el sorprendente conjunto muchas y bien ideadas geroglíficas ó inscripciones compuestas en griego, latin y castellano por el M. Lopez de Hoyos, cuya estudio, que era el de la villa, simbolizaba una maloua acompañada de esta inscripción:

SOLA NASCIT VIRTUS LONGUE VICTORIA PER EVUM
SOLAQUE POST CIBERAS VIVERE IN ORBE FACIT.
HEC TE POST MORTEM UT VIVAS CLARISSE PRINCEPS
REFICIT, ET VIDIAS SIBERA CLARA PULI.

Dice el mencionado Lopez, como testigo ocular, en su minuciosa relacion de estos funerales pág. 38 que predicó doctamente el prior de Alcaza Fr. Juan de Tovar y puso por lema «Sic et rex, hodie rex, et cras mortuaria Véase cuán sin razon expresa Dávila y copia Quintana que en estas honras no hubo sermón.

Por no faltar á nuestro objeto y para omitirnos varias y muy notables circunstancias limitándonos á decir que así á las visperas el día 10, como á la misa y oracion fúnebre el siguiente asistió la reina doña Isabel de Valois, acompañada de la princesa viuda de Portugal doña Juana, y de las principales señoras de la corte. Ultimamente, el ayuntamiento hizo las honras el 13 y 14 del expresado mes, sirviéndose del mismo aparato.

Benito tomado estas noticias, que suponemos agradarán al lector, de la curiosa «*relacion de la muerte y honras fúnebres del S. S. príncipe don Carlos, compuesta y ordenada por el M. Juan Lopez, calcográfico en el estudio de esta villa de Madrid*»: obra sumamente rara en la actualidad.

Custodiaron las religiosas el cadáver del príncipe hasta el día 7 de Julio de 1573, que fué conducido al monasterio del Escorial en union con el de la reina doña Isabel de Valois, que estaba en las Descalzas, por los obispos de Salamanca y Zamora y los duques de Arcos y Escalona. Indemnizó Felipe II á este monasterio los desperfectos que padeció su fábrica por el depósito y honras del príncipe, costeando el sumoso coro que en la actualidad subsiste, aunque alterado en su decoracion como diremos al describirle.

Continuaron dispensando especial proteccion á este alcázar de la virtud los demás reyes, mereciendo ser citado en particular Felipe III, que hizo un donativo de 30000 ducados con los que se costeó el bello retablo mayor, la sillera del coro y la bonita coleccion de pinturas de los altares, objetos preciosos que se conservan en muy buen estado. Felipe V y Carlos III repararon y reedificaron parte del templo y ampararon el monasterio.

Padeció este mucho detrimento y ruina durante la guerra de la Independencia, pues además de haber sido espulsadas las religiosas de su antigua y venerable morada, fué convertida en cuartel de zapadores del ejército invasor, cuerpo que en su mayor parte se componia de jurados. Restablecido el legítimo gobierno volvieron á ocupar esta santa casa sus virtuosas habitadoras; á las que visitó Fernando VII el día 4 de Agosto de 1814. No fué esta la única prueba de consideración y afecto que debieron al auguste padre de la actual reina, pues en época posterior las concedió subidos cuantiosos para la reparacion de la fábrica.

Corrió este ilustra monasterio después de la muerte del rey, la misma suerte que los demás de la peninsula, quedando sumido en la mayor miseria; y se hubiera completado su destruccion, si el Regente del Reino, el ilustra duque de la Victoria D. Baldomero Espartero, considerando el asunto con el aplomo y rectitud que correspondian al que desempeñaba tan elevado cargo, no se hubiese opuesto á ello. Acto por cierto de verdadera ilustracion, que honra y honrará eternamente á este célebre personaje.

Dada una exacta, aunque sucinta noticia de la historia del célebre monasterio de Santo Domingo, pasamos á describirle, persuadidos de que la segunda parte de esta memoria ofrece á la curiosidad del lector mas interés que la primera.

(Continuará.)

JOSE MARIA DE EGÜREN.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

PRÓLOGO, INTRODUCCION, ó LO QUE SE QUIERA.

Era una de las mas frias noches del mes de Diciembre último: mientras la escarcha tendia su cristalino manto sobre los tejados de la coronada villa y corte de Madrid, gozaba yo de un bienestar infinito hallandome en un elegante gabinete, recostado en una cómoda butaca, junto á un magnífico fuego, y al lado de una señora no menos notable que por su peregrina hermosura, por su singular talento. —Seguramente si los bienaventurados podrian apesecer nada mejor!

Como es natural, y como sucede siempre, lo mismo entre gentes que se tratan de ceremonia, que entre personas que se tratan familiarmente, la conversacion después de haber girado sobre cien objetos distintos, fué á parar á ese asunto tan socorrido del tiempo.

—¡Que invierno tan horrible se prepara! dijo mi interlocutora.

—En cuanto á mí—repuse yo,—no me importa mucho; porque solo estoy en mi centro en los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero.

—Si toviere V. que viajar, ¿há que no diria lo mismo.

—Por eso viajó unicamente en verano.

—Y á propósito de viajes ¿por qué no ha escrito V. los suyos, segun hace todo el mundo?

—V. acaba de expresar la causa: porque lo hace todo el mundo.

—Sin embargo, debe ser una cosa muy agradable hablar al público de sí propio.

—Y ¿qué le interesa al público saber lo que yo hice tal día de tal año, y en tal parte?

—Nada verdaderamente; mas si le interesa la serie de descripciones de costumbres, de usos, de trages, de monumentos, de los diversos países que el viajero recorre.

—Y ¿crée V., amiga mía, que no hay mucha exageracion, mucha poesia, y llamandole por su legítimo nombre, mucha mentira, en todas las narraciones de los viajeros?—Nosotros podemos juzgar por lo que se escribe de España, y eso hasta; pero no son los franceses los únicos que adolecen de igual vicio.

—En tesis general, es cierto cuanto V. dice; aunque...

—Mí gracias; ¿crée V. que yo seré mas verídico que los otros?

—Sin duda; porque si escribe algo será esotado por mí. Vámonos, publique V. en el SEMANARIO, ó en LA ILUSTRACION sus *Impresiones de viaje* al Rhin.

—Dios me libreré! Desde que Alejandro Dumas publicó doce años há las suyas, no hay hombre que haga un viaje á Chamberí ó á Pozuelo, á quien no le ocurra imitar al célebre novelista francés.

— Pues no las titule V. así; para escribirlas. Hablenos V. de Colonia, de Bonn, de Maguncia, de Wüsboden, de Francfort, de todas esas pintorescas ciudades, llenas de grandes recuerdos y de monumentos grandes.

— Señora, cuando nada menos que un Víctor Hugo ha tocado con hábil mano semejante asunto, ningún otro debe atreverse ya á profanarlo.

— Entonces, límitese V. á Holanda, á Inglaterra, á Bélgica, á Francia....

— Y ¿qué haría? ¿Una centésima edición de lo que otros han dicho antes, y sin duda mucho mejor?

— ¡Ah! ¿me ocurre una idea!—Le he oído hablar á V. con entusiasmo de su estancia el verano último en los Pirineos, en el pueblecito de Aguas buenas; y me parece que de ese país no se ha escrito nada en castellano....

— Ciertamente que aquella corta escursión me dejó memoria dulcisima; y si V. lo desea...

— Sí señor; lo deseo.

— Entonces nada opongo.

— Además, hará V. un verdadero servicio á la humanidad, publicando las virtudes y eficacia de unas aguas poco conocidas, y de efectos tan prodigiosos.

— Eso acaba de decidirme. Ahora dígame V., puesto que solo trato de complacerla, ¿dónde dará á luz mis artículos?

— El SEMANARIO PINTORESCO.

— Y ¿cuántos quiere V. que escriba?

— Singula humildad la de V. En gracia de ella, me contento con dos.—En el uno describa, piénte V. el país; en otro hablemos del género de vida que se hace; de los gozes, de los placeres, de las diversiones que se ofrecen á los extranjeros; en fin, dé V. aquellas noticias que puedan ser útiles á los enfermos, para que su permanencia allí sea más agradable.

— Será V. obedecida, señora: si Alejandro Dumas no hubiese puesto en ridículo las cartas con las suyas celebérrimas sobre la España, yo adoptaría la forma epistolar, que mucho me gusta para este género de escritos, y que me procuraría el placer de dirigir á V. mis observaciones y mis pensamientos.

— ¡Basta V. así, si quiere; pero que el público no lo sospeche al menos.

— Pierda V. cuidado.

— Y ¿cuando empezará V.?

— Mañana mismo.

— Le cuido á V. la palabra.

Y he aquí, lectores míos, como yo, el hombre más aficionado de la tierra á viajar, y el menos amigo de hablar de mis viajes, me veo en la precisión de quebrantar un propósito que há largo tiempo tenía formado, é incurro en la habilidad de navegar, según dicen todos los viajeros.—*lo que he visto, lo que he gozado, lo que he sentido*

ARTICULO 1.º

De Bayona á Pau. — De Pau á Aguas buenas. — De Bayona al mismo punto por Oloron. — Perspectiva general del país. — Establecimiento térmal. — Mr. Durrande. — El viaje á dos. — Casas de hospedaje y hoteles. — Mr. Tavernier mayor.

Dos medios de verificar la expedición á Aguas buenas se le ofrecen al viajero que se encuentre accidental ó deliberadamente en Bayona, esa ciudad medio española, medio francesa, que figura en el mapa de la vieja república, pero que vive y prospera con recursos puramente españoles.—¿Quién no ha visto Bayona? ¿Quién no ha asomado allí siquiera las narices, para decir luego que ha estado en Francia, y para ostentar un traje de Gell y Goersmann, un par de botas de Bayon, ó un alfiler comprado en el precio fijo?—Así, no creyéndose de su linda camuflaje, de los baños de mar de Biarritz, de las tiendas de la calle Pontajour, de la sinagoga, del Hotel de Commerce, ni de otra porción de cosas que el madrileño conoce mucho mejor que las de su residencia ordinaria.

Dos medios—dormía antes de esta digresión—hay de trasladarse desde Bayona á Aguas buenas; el uno un poco menos rápido, pero infinitamente más cómodo, que consiste en ir primero á Pau, la bella, la pintoresca ciudad de Enrique IV; y después, al día siguiente, dirigirse en una diligencia distinta, que tarda sobre seis horas, al pequeño pueblo donde muchos recobran la salud, y no pocos encuentran la muerte.—El otro ofrece la ventaja de hacer el viaje de un tiron, y las desventajas de ir en pesados carruages, que se cambian cuatro ó cinco veces en el camino; de visitar la ciudad de Oloron, tan triste como sea; de almorzar en el hotel de

Mr. Condessa, tan sucio por lo menos como casa; y en fin de comer,—esto es, de no comer—en una miserable alchuelo llamada Bidache, y en un meson digno de figurar al lado de los peores de España.—En Pau por el contrario halla el viajero uno de los albergues más cómodos, más limpios, y más elegantes que pueden encontrarse, aun entre los de Suiza, Alemania, é Inglaterra, los cuales tienen la reputación de ser los mejores de la Europa civilizada.—Nada se echó de menos en el hotel de France, situado en la magnífica Plaza Real, ó de la República, como se llama oficialmente ahora. Escelesentes cuartos, esceleste comida, y escelestes camas, he ahí lo que constituye la esceleste general de aquel establecimiento, y á lo que debe su justa y grande fama.

Si el espacio, si los límites en que he de encerrar mis observaciones me lo permitieran, ¿con que gusto haría aquí una ligera descripción de la preciosa capital del Bearn! Con que placer llevaría á mis lectores al magnífico castillo del príncipe inmortal, cuya memoria auná y bendicen los bearneses tanto como sus ascendientes le bendecían y amaban!—Ese cariño, ese culto, esa admiración se los transmiten unas á otras las generaciones; en las largas veladas del invierno, en los lluviosos domingos del otoño, los ancianos congregan á sus nietos para referir y ensalzar las virtudes y las proezas de la ilustre víctima de Bayallac, ¡cuántas tradiciones, cuántas historias se repiten, se varían, y se comentan! ¡Cuántos rasgos de valor, de clemencia, de generosidad se consiguen y relatan en gróseras pero elocuentes frases!—Inútil es decir si un pueblo que conserva tan vivo el sentimiento monárquico, que casi santifica á aquel rey, que después de Dios es lo primero que admira y reverencia, podía acoger con grande entusiasmo la república. Así, á despecho de ella, continúa siendo el Bearn el país más realista de Francia, y acaso, acaso, del universo.

No salgamos de Pau sin dirigir siquiera una mirada al grandioso, al mágico é inmenso panorama que se divisa desde la bella Plaza Real. Seguramente que ni en Italia ni en las orillas del Ródano existe paisaje más brillante ni más ameno; nada falta en él, ni mansos arroyos ni caudalosos rios; ni elevadas montañas, ni espesos bosques; ni perfumadas flores, ni risueños valles; ni verdes cañadas, ni rocas gigantescas.... Aquel cuadro esplendente, dorado por el sol, ó argentado por la luna, es mucho más de lo que la imaginación alcanza á concebir, de lo que la fantasía más poética tinga y sueña en sus ilusiones y en sus quimeras.

En el 11 de agosto de 1849 cuando mi buen amigo J... y yo, encaramados en la banqueta de la diligencia para ver mejor el país, salíamos de Pau á las 8 de la mañana, después de haber tendido una postera ojeada á las maravillas de que he hablado arriba.—Nadie hubiese creído que aquel día nos halláramos en los Pirineos, al experimentar un calor de 50 grados, y al sentir sobre nuestras cabezas los rayos verdaderamente insoportables del sol. Nuestro conductor compadecido al fin de vernos sofocados, cual si nos hallásemos en los desierto de Africa, nos forzó un dosel de verde follaje, gracias al cual pudimos consagrarnos á admirar aquellas deliciosas comarcas, que no seré yo tan osado que intente describir. Sería necesario el pincel de Villaxuñil ó de Ingres para copiar la serie infinita de alegres paisajes, que se despliegan á cada paso ante los ojos del viajero.—Aquí es un repecho suave de blancas y azules campanillas vestido; allá una montaña altísima, que parece completamente inaccesible al hombre, y en cuya cumbre se vé una granja, una quiesera, ó un kiosko; á nuestros pies miramos un lido lugarcillo, con sus oscuros tejados de pizarra; y sobre nuestras cabezas se estiendo gigantesco y terrible el Pico del mediodía, que semejante á una sombra, se aleja más cuanto más nos aproximamos.

Para ir desde Pau á Aguas buenas es menester subir continuamente por un camino que no dudamos llamar de caracol; tantas y tan rápidas son sus vueltas! Á la derecha se encuentra la aldea de Laruns, de la que la hablaré algo detenidamente luego, y á la izquierda la de Aus, la cual también merece singular mención por otra circunstancia que explicaré mas tarde.

El pueblecito que lleva enfáticamente el nombre de su benéfico manantial, ofrece un aspecto tan extraño como nuevo; compónese solo de una larguísima y empinada calle, que conduce directamente al establecimiento térmal, ó mejor dicho, á la Capilla situada en último término.—Esa calle en su mayor parte no tiene casas sino en el lado izquierdo, en el opuesto hay un sombrío y verde bosque, condecorado con el título de jardín inglés, y adornado de cenaderez, gasas, y bancos de tosca madera, para la comodidad y esparcimiento de los enfermos que habitan los edificios de enfrente, y para que descansen cuando van á beber á la iglesia. Porque Aguas buenas es un pueblo únicamente de hoteles; tengan ó no tengan muestra, en todas partes reciben huéspedes.—El primero que se halla subiendo es el de la Posita, propiedad de Mr. Tavernier joven, á quien califico de tal, aunque pasa de los cincuenta, para distinguirlo de su hermano mayor, dueño del

de Francia. — Sigue luego el de Madama Cázeres, el mejor montado y dirigido; el de Casterán, administrador del correo; mas grande y espacioso que limpio y elegante; el de los *Estranjeros*, elección por su cocinero y propietario Mirand; el de Francia, donde está el gran salón de baile; y por último, los de la Europa; de la Unión, y de la Paz, llamadas los hospitales, porque construidos en la parte mas alta del pueblo, y en la cercanía de la fuente, allí paran los infelices que hacen un remedio tardío á su desesperada situación, y que frecuentemente solo encuentran la muerte. — De ellos dicen las gentes del país al verlos llegar pálidos, estenuados, cadavéricos:

—Eso pronto hará el viaje á Ans.

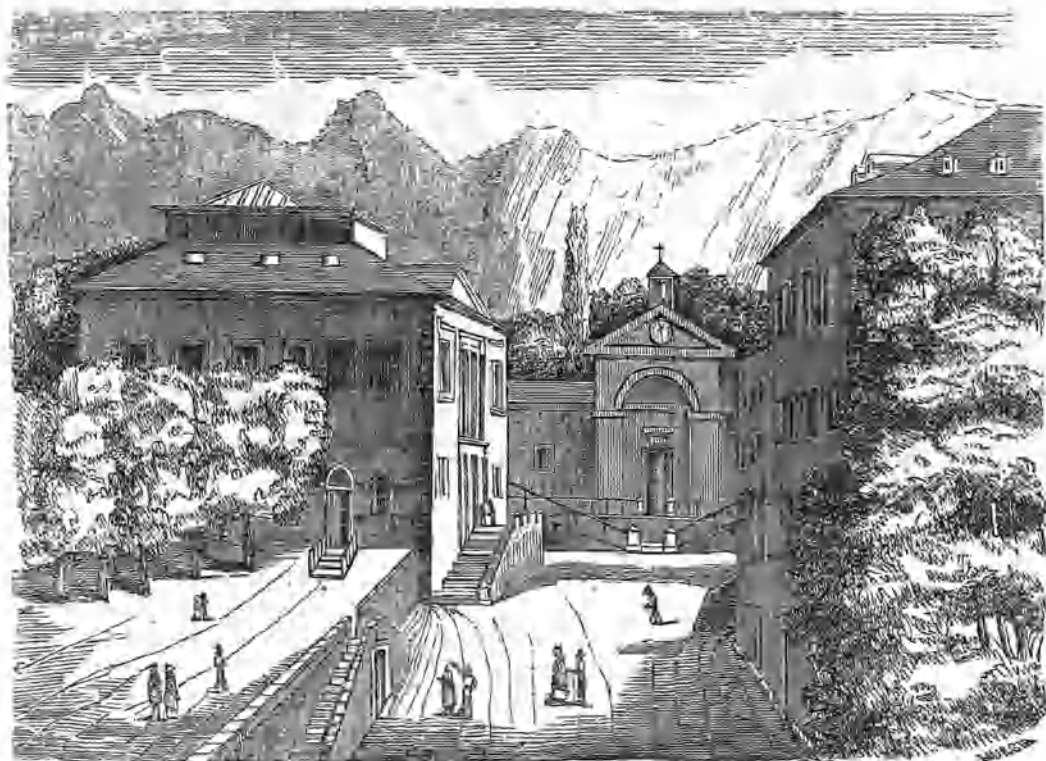
Ase, cabeza del distrito, es la aldehuela de que habló arriba, y donde está el campo santo de la comarca.

El establecimiento termal es un edificio pequeño, pero de forma elegante y sencilla; construido casi enteramente de mármoles, su pórtico sirve de abrigo y de paso en los días frios ó nebulosos; en el fondo está la *bucetta*, según llaman á la fuente mineral, que administran y dirigen dos jóvenes Ganimedes. A un lado y otro hay baños, para que los valedudinarios reposen; á un lado y otro se ven en tablas un número fabuloso de botellas de jarabe de goma, con el que se mezcla el agua siempre. Unos pretenden que esta precaucion es indispensable para evitar funestos resultados de su grande eficacia, otros aseguran que es una industria del arrendador Cazaux, quien es al mismo tiempo boticario. Sea lo que fuere, lo cierto y positivo es

que ninguno de los *bebedores* se atreve á desobedecer el precepto ó la costumbre, y que desde el primer día remite su frasco de siempre, del que cuelga una tarjeta ó un papelito con el nombre de su respectivo dueño.

A la derecha del pórtico están los baños, cómodos y anchurosos, pero que son un verdadero lujo allí, pues generalmente no se hace uso de ellos, limitándose los enfermos á beber el agua dos veces al día, por las mañanas de siete á nueve, y por las tardes de una á tres. No se inflera ni presume que dicha agua sea suave ni que se tome en grandes cantidades: al contrario, se administra con muchas precauciones y en pequeñas dosis, refiriéndose infinitos ejemplos de personas que han sucumbido por haberla bebido sin régimen alguno, con notable exceso, ó sin consultar antes al sabio director monsieur Darvalde, médico de reputación europea, y sin duda digno de ella.

Mr. Darvalde es un verdadero rey en Aguas buenas, siendo en ocasiones mas difícil hablarle, que conseguir ser recibida por el autócrata de todas las Rusias. A las once de la mañana se abre su gabinete de consultas, aunque estas no empiezan hasta la una ó las dos, y antes de aquella hora acuden á cojer sitio una multitud de personas, quienes suelen volverse á marchar dejando en una silla como señal un libro, un periódico, ó un cestillo de labor. Con frecuencia es preciso repetir la operacion dos ó tres dias, por concluirse la audiencia antes de que lleguen su turno á muchos individuos. Semejante ceremonial previene, forzoso es confesarlo, en contra del ilustre profesor. Mas todo



Aguas buenas y Aguas calientes.

se ovida en cuanto se lo vé, en cuanto se le oye, en cuanto se admira la atención profunda y especial con que se dedica á conocer la dolencia de cada uno, antes de decidir si lo será ó no conveniente el uso de las aguas. — La ciencia de Mr. Darvalde y su larga práctica le han hecho adquirir una perspicacia admirable; rarísima vez se equivoca, y sus pronósticos, favorables ó adversos, se cumplen con una exactitud verdaderamente sorprendente. La probidad y el desinterés de Mr. Darvalde son tan grandes por lo menos como su talento; no hay ejemplo de que haya aconsejado, por criminal codicia, la permanencia en Aguas buenas á ningun ó quien le fuese dañosa ó inútil; y muy á menudo, en lugar de exigir cantidad alguna á los pobres ó á los necesitados, les obliga á aceptar un socorro en dinero, para que puedan volver á su país, á su casa.

Por la inmensidad de sus ocupaciones, y por sus estudios, que nunca abandona, Mr. Darvalde va muy rara vez á visitar en los *hoteles*; pero cuando lo verifica, su llegada es un verdadero acontecimiento. En las escaleras, en los pasillos, en la puerta de cada cuarto se le espía y se le accecha: los unos se lo tiran de los brazos de los otros; todos se lo disputan y se lo llevan; y al cabo de tres ó cuatro horas, el pobre doctor tiene que escaparse como puede, por

una escalerilla oculta, ó por una salida secreta. Entonces son las quejas, las imprecaciones de los descontentos, que forman coro con los gritos de júbilo y de satisfacción de los favorecidos.

Mr. Darvalde, que reside habitualmente en Pau, á donde le piden consultas por escrito de los puntos mas lejanos de Europa, habla ya de abandonar su destino, y aun su profesion, aunque se halla todavía en muy buena edad. El asegura que está cansado, y es muy creíble: sus enemigos pretenden, que dueño ya de una renta anual de 80,000 francos, quiere consagrarse al reposo y al goce tranquilo de sus riquezas. — Feliz el hombre á quien los envidiosos no pueden acusarle sino de una cosa tan natural! — Sin embargo, la retirada de Mr. Darvalde será una pérdida grande para la ciencia, y una desgracia para los seis ó ocho mil enfermos que acuden todos los años, por término medio, á Aguas buenas. — La época de mayor concurrencia es desde el 15 de junio hasta el 15 de agosto; durante ella, los que no toman la precaucion de escribir con ocho ó diez dias de anticipacion pidiendo alojamiento, tienen que refugiarse en inmundos chirivites, en estrechos é insalubres cuartos, donde apenas se puede respirar, y que se pagan no obstante á precios fabulosos. Años ha habido en que familias enteras, ó han tenido que marcharse á los pueblos in-

mediatos de Aguas calientes y Larans, á resguarse ó pasar las noches allí en sus propios carruajes.

Qué animación, qué movimiento, qué ruido hay en el pequeño pueblo hasta que pasa la primera mitad de agosto! En cualquier hotel se oye resonar el piano desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin mas interrupcion que las del almuerzo y la comida; á todas horas se encuentran alegres y numerosas cabalgatas de gentes que van ó vuelven de visitar los puntos mas célebres y pintorescos de los alrededores: á cada momento se vea llegar coches de posta ó diligencias cargadas de nuevos huéspedes, elegantes y jóvenes los mas, porque las enfermedades que se curan á alivian en Aguas buenas proceden con frecuencia del género de vida que se hace en el gran mundo.—¿Y quién ha de presumir que son tísicos la mayor parte de aquellos seres que por el dia montan á caballo, y sufren el calor, el sol, ó la lluvia, y que por la noche pókán, walsau y juegan con extraordinario entusiasmo, con ardor infatigable?

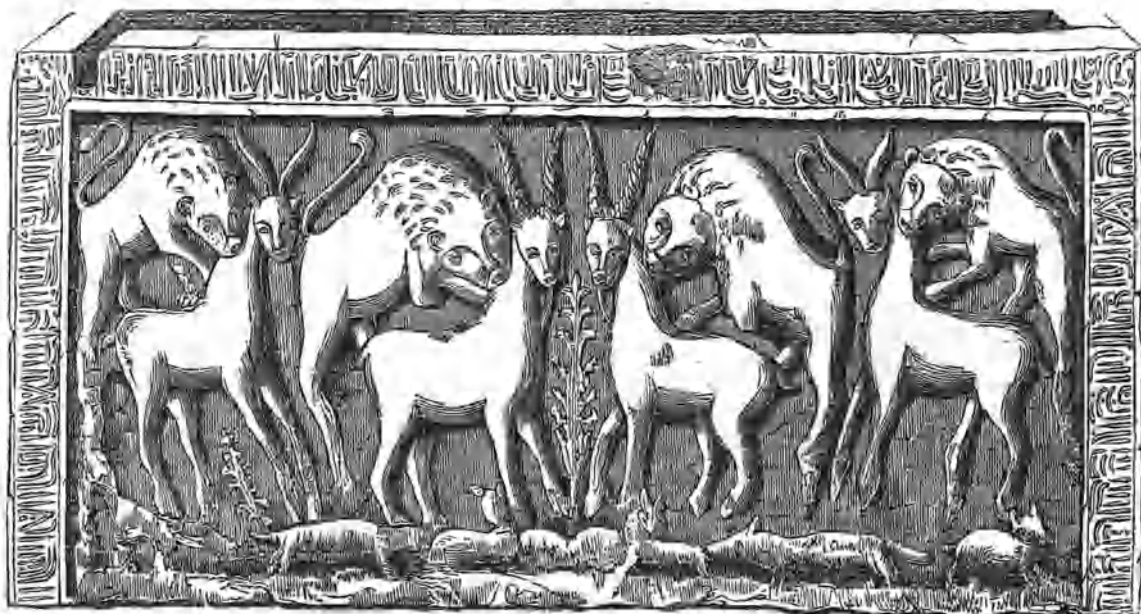
El hotel de Francia, de Mr. Taverné mayor, es el mas favorecido de la alta sociedad, y al que van á apearse los parisienses y los extranjeros de distincion. Entre otras ventajas posee la de tener un magnifico salon, donde se verifican brillantes saraoes, y donde todas las noches se reúnen y bailan los huéspedes del establecimiento.

No poca trabajo nos costó hallar dos pequesimos cuartos en casa del buen Mr. Taverné, despues de haber recorrido en vano los otros principales hoteles. Madama Czeres nos ofreció una guentilla; Mr. Taverné el joven nos enseñó un palomar; y Mr. Mirand trató de convencernos de que estaríamos muy bien para dormir en un pasillo que solo conducía á la sala, á la cocina, y al comedor. Por fin, Mr. Taverné mayor despues de consolarnos con la promesa de una habitación decente para el 16 — y estábamos á 11 — nos instaló en dos jaulas, que si eran estrechas y miserables, en cambio ofrecían la ventaja de ser dos verdaderos hornos, merced al sol que las calentaba desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Certo es que cuando hiciese frío serian deliciosas, porque no tenían ni una mala chimenea.

En cuanto á lo primero, Mr. Taverné nos tranquilizó hablándonos de diferentes y muy lindos paseos donde podíamos pasar el dia; y en cuanto á lo otro nos aseguró que bien arropados en la cama debíamos desahallar todas las nieves y todas las escarchas del mundo.

Como mis lecturas ya habrán conocido que nuestro huésped era un tipo singular, y que merece describirse, voy á bosquejarle ligeramente.... en el artículo segundo.

RAMOS DE NAVARRETE.



PILAR ARABE.

En la parte norte de la Alcazaba, en la Alhambra de Granada, y al pié de la torre de la Vela, y cerca de un aljibe célebre por la hoscuro de sus aguas, hay un sótano descuberto y en él está colocado entre escombros y basura el pilar que representa la lámina.

Es rectangular y de una pieza, y tiene 5 pies de largo y 3 de ancho.

Es de mármol blanco de las celebradas canteras de Mácael todo de una pieza, y en la cara exterior, que es la que hemos copiado, hay labrado un bajo relieve que representa una cacería. Cuatro leones despalazan á otros tantos venados, y en el centro se vé alguna caza. La ejecución es gruesa, como se observa en todas las es-

culturas árabes que representaban seres animados, pero el dibujo es mejor que el de los doce leones del palacio árabe, y el de los dos leones colosales que estuvieron en el hospital (casa de la Moneda).

Todos los grupos están en posturas iguales, en forma piramidal, y guardando perfecta simetría.

Al rededor corre una inscripción árabe que apenas puede leerse por lo gastada.

Esta escultura, que es el mejor monumento de su género que se conserva en Granada, debió hallarse situada en la parte del palacio árabe que se demolió para construir el palacio del emperador Carlos V.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

De todo cuanto dejo referido, y de todo cuanto abusieron marido y mujer en el dia que *esta noche*, me obligaron á pasar con ellos, nada me hizo tanta impresion, nada me predispuso tanto contra Solopario, como el haberme insinuado que gustaba de aparecer como pedagogo rodeado de niños. ¡Niño, á un capitán de diez y ocho años! No sé si el epíteto de un *cobardo* me hubiera irritado mas. Lo nota-

ble es, que la persona de quien voy hablando tal vez ignoraba entonces hasta mi existencia; y por lo mismo no habia podido darme el menor motivo de queja. Sin embargo, cuando, llegada la noche, fui con el matrimonio á la tertulia del regente de la audiencia, donde me dijeron que don Carlos concurría, entré en ella con tantas ganas de reír con él, como si, en efecto, me hubiera llamado niño diez millones de veces.

Pasaré en blanco la descripción de la tertulia....

Don Antonio, usando entonces de sus facultades de presidente, dijo:—No pase V. tal; pues ya sabe que hemos convenido en que nuestras conversaciones han de ser, además de un rato pasado agradablemente, un estudio ó análisis de las costumbres españolas.

Don Diego. Apoyo: una tertulia de provincia, y en casa de go-bierna, y pintada por un militar, no es cosa para pasada en silencio: no señor.

Alfonso. Cuando no sea mas que para aprovechar la ocasión de complacer al señor don Diego, voy á pintar como Dios me dé á va-

tender aquella reunión. Digo, pues, y duérmase el que de firme se canse, que el regente habitaba en el mismo edificio en que tenía el tribunal sus salas y dependencias, y hasta la cárcel, por añadidura; por lo mismo ya comprenderán Vds. que se trata de una maciza fábrica hecha de planta para el objeto, en aquellos felices tiempos en que las tesorerías españolas estaban apogadas; pero con el escaso gusto é indolencias formas de la pervertida arquitectura que en tiempo de Fernando IV reinaba en España. Las habitaciones eran vastas, espaciosas, altas de techo, y ventiladas por numerosas balcones; y en cambio tenía su conjunta ese aire que llamamos *destartalado*, y no sé como explicar mejor. En una antesala, que las modernas casas de Madrid quisieran tener por solar, encontramos abismado en un sillón de baqueta á un estudiante en *satana*, paje del señor regente, que tenía abierto delante de sí un libro en folio, al parecer de su facultad; pero entre cuyas hojas acorté á divisar un tomo en rústica que por la desigualdad de sus renglones me dió de una legua a veros. Como quiera que sea, el gentil alumno de Astrá ó de las Musas, se levantó cortesmente á nuestra llegada, y recogió el *matón* de la mujer de Mendoza, no sin mirar al sozayo su bello rostro, y nos abrió á todos una mampara que hacía nosotros tenía pintado un formidable granadero con la birretina austriaca de que aun habla la ordenanza; y á la parte de la sala estaba cubierta de damasco amarillo con guarnición de cinta de seda de igual color, y claveteada con doradas tachuelas. Atravesando una sala de paso, que por la larga bien pudiera llamarse galería, y en la cual una colección abumada de antiguos cuadros representaba la vida de no sé qué santo mártir, entramos por fin en el estrado, salon espacioso y bien adornado á la usanza del tiempo de Carlos III, con muebles macizos, de buenas formas aunque un tanto afectadas, y entonces más que medianamente concurrido. Pero antes de llegar á las personas, acobardé con el campo en que han de maniobrar, diciendo que á cada uno de los extremos de la sala de recibí había un gabinete, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver en el de la derecha dos mesas de tresillo; y en el de la izquierda otras dos, con tablero y juego de ajedrez la una, con una caja de lotería la otra. El adorno consistía en una grande araña de cristal con sus velorios brazos y lenticulars carreles; media docena de cornucopias en la sala, dos en cada gabinete, y bujías en candeleros de plata sobre todas las mesas; es decir, en las que ya he dicho haber en los gabinetes, y en otra más grande que se me olvidó contar entre los muebles de la sala. En está última había un gran lienzo; en el cual, pintadas con tanta brillantez de colores como ignorancia del arte, se veían las espichosas figuras del Bishis.

Serian las ocho de la noche cuando nosotros entramos, y ya la mayor parte de los concurrentes se hallaba reunida. En un rincón de la sala, y mas bien detrás que al lado de una copa de azófar llena de buccadidos huesos de aceitunas, apilados artísticamente de manera que parecían un gajo de granada, estaba el ama de casa, señora andaluza, de alegre semblante y fin ceñmada limpiera, que admiraba contemplarla. Sobre las no encubiertas cosas tenía una escofeta de flamenco encaje; cubria su pecho un pañuelo de finísima batista, prendido con un alfiler de oro por bajo de la barba; el pañolón grande que llevaba sobre los hombros era de blanco merino, y de piel de martas el rico manguito en que abrigaba las manos. He asiento la servía un confidente, ó pequeño sofá cubierto de damasco, y sus pies se apoyaban en una banqueta forrada en tapicería. He descrito aquella figura con tantos pormenores, porque, recordándome la de un venerable abuelo, se me fijó hondamente en la memoria. Habría en torno de ella hasta una docena de señores, todas de edad mediana, sencilla y honestamente vestidas de negro lés mas, y muchas con el hábito del Carmén. Fácilmente comprendí que aquel era el grupo de las mamá, viendo en el ángulo opuesto otro, en el cual se clararon involuntariamente mis ojos. Díaz y ocho ó veinte muchachas, en cuyos rostros vivarachos rebotaba la risa, á pesar de los respetos que contenían la expresión de su alegría, foraban la interesante reunión á que aluda. ¡Qué bien me parecerán entonces aquellos islas colorados por la modista, y en despecho de la naturaleza, media vara mas arriba de la cintura! Y como acusé de tiranos á los pañuelos, que severamente encubrían los palpitantes senos....!

—Señorito, señorito, interrumpió el presidente; no se nos deslice la lengua.

Don Diego. Déjelo V. decir, que aqui todos comulgamos.

— Que digo, que digo, — exclamó en coro toda la sociedad; y Alfonso prosiguió:

— Aunque quisiera, juré á Vds. que, á no hablar de memoria, no pudiera ni lengua deslizarse, pues jamás vi tan honesto perdido como el de aquellas señoras, tijas todas; ó la mayor parte de los afroses y odiores de la Chancillería....

Don Diego. Chancillería tenemos: pues es Granada ó en Valladolid estamos.

Alfonso. Sea donde quiera, ello es que tampoco por entonces tuve tiempo para otra cosa mas que para echar una rápida ojeada sobre el grupo encantador, porque Mendoza me travó del brazo para presentarme al señor Regente, que á la puerta del gabinete del tresillo conversaba con algunos de los ministros del tribunal. Confieso que el buen señor hizo un gesto al ver mis charreteras y mi cara imberbe, para el desconocida, que me desconcertó, ó poco menos. Los que no han vivido en las provincias ignoran que, hasta hace muy pocos años se ha mirado, y aun hoy, entre los fogados, se mira á los militares como gente *non saneta*, y hasta que personalmente se les conoce. Iba yo advertido de la tal prevención, y viéndola tan en breva confirmada por la experiencia, bologárame entonces de haber perdido los puros antes de subir la escalera de aquella casa. Entretanto que así discurría en mis adentros, fijó el Regente la vista en la cruz de Alcántara que yo llevaba al pecho y desarrugó un tanto el semblante; pero como á mi nombre y apellido añadiese Mendoza la calificación de *Capitan-Paje*, volvieron á aparecer en el semblante del magistrado las señales de su anterior disgusto. Ya Vds. saben que los pajes pasan por un sí es no es calaveras. Por fortuna mi introductor continuó diciendo:—El señor don Alfonso Tellez, trae para V., señor Regente, una carta de recomendación del señor A.... Camarista de Castilla (aqui disminuyó el ceño en la mitad de sus arrugas), que fué muy amigo de este caballero.—¿Como se llamaba su señor abuelo?—El doctor don Alfonso Tellez respondió yo con bastante seguridad.—Tellez... Tellez... aguarde V. ¡No era alcalde de Corte en abuelo de V. en el año de 837— Si señor y en el de noventa consejero de Castilla.—Cabal; entonces fui yo á jurar mi primera vara, y conocí mucho al doctor.—Y al decir esto, respiró el regente como si le hubieran quitado de encima del pecho una montaña, y me llenó de agrasajos, y me presentó á su señora, y, en una palabra, hallé en él, merced á la golilla de mi abuelo, una cordialidad que todas las charreteras del mundo no hubieran bastado á granjearme.

Don Diego. ¡Cosa rara! ¿Porqué esa antipatía de los fogados á los militares, y al contrario?

Don Antonio. Los antiguos fogados debían generalmente su posición á una vida estudiantil, consagrada al trabajo, y sobre todo á una conducta irreprochable. La carrera de las letras y de la judicatura ha estado en España abierta siempre para la aplicación. De estudiante de fórol, ó de paje como el que don Alfonso nos ha descrito, á camarista de Castilla la distancia es inmensa; y sin embargo, muchos son los que la han andado con paso tardo pero seguro. Siempre el favor obtuvo algunas plazas, pero en general en los buenos tiempos de la monarquía, el mérito se llevó las mas. La nobleza en esas materias corría parejas, ó poco menos, con la plebe, y renunciaba de hecho á sus privilegios desde que comenzaba á cursar en las aulas. Cierta es que los colegios mayores eran un elemento aristocrático; porque al cabo para entrar en ellos se exigía una justificación de hidalgía, y aun para algunos el pertenecer á determinada familia, como por ejemplo, en el de los Manriques de Alcalá de Henares; pero al cabo el privilegio ni existía del estudio, ni de ninguno de los ejercicios literarios á la generalidad de los escolares impositos; en resumen, la carrera de la jurisprudencia exigía pasar considerable número de años manejando los libros; y renunciando á todo juvenil devaneo, encubrir con impenetrable velo las humanas fragilidades, desde que se declaraba un hombre prebendante á varas ó á togas. Por el contrario, la carrera militar ha sido muchos años mirada en España como propia de jóvenes enemigos de todo estudio; deplorable error que la civilización es probable destruya; pero que, lo repito, ha existido y acaso existe aun, siénda V. á esa consideración la de que en punto á costumbres, no pasan los militares por capuchinos, ni mucho menos; y comprenderá fácilmente, amigo don Diego, como una barrera difícil de salvar separó por muchos años á las armas de la toga.

Don Diego. Confieso que me ha explicado V. claramente un fenómeno moral, que yo atribuía á mezquinas pasiones y á envidias recíprocas.

Alfonso. Conviniendo con la explicación de nuestro amigo Don Antonio, creo, sin embargo, que lo que dice V. no va fuera de camino. Los militares brillan mas que los togados; especialmente á los ojos de las mujeres un uniforme parecerá siempre mejor que una golilla; y esto algo es.

Don Antonio. Algo sí, amigo mío; pero no bastante para explicar la separación tan marcada que ha mediado entre los individuos de entrambas profesiones. Creamos V., las pasiones mezquinas producen rencillas, alguna vez odios, pero efimeros como ellas. Estas preocupaciones que se transmiten de siglo á siglo, que se apoderan de clases ilustradas y respetables, arráigándose en ellas profundamente, tienen siempre mas hondas raíces; proceden de una causa mas poderosa; son, para decirlo de una vez; de mas filosófico origen que todas las patrañas y bazallías que el vulgo adopta para explicadas. ¡Séalo V. porque hoy se van aproximando los togados á los militares!

porque aquellos han perdido mucha parte de su seguridad de costumbres, y empezado á ilustrarse; porque, con el individualismo de nuestro siglo, el espíritu de cuerpo es imposible, y por lo mismo hay preocupaciones personales, pero dejan de existir las de las clases.

Redactor. ¿Saben vds., señores, que están á dos mil leguas del cuento de Don Alfonso, y que además es la hora de separarnos?

Don Antonio. Pues hasta mañana entonces, y sea todo el mundo puntual, só pena de las consabidas yemas,

Alfonso. Hasta mañana, señores; que estoy de día y la lista me espera.

(Se continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

LAS ODALISCAS.

Fragmento de un poema inédito.

Plantel perene es la región caucasia
Del ríjoso agareno á la lujuria.

Virgenes de Mingrelia y de Circasia

Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,

Fuerais de la hermosura antonomasia,

Vosotras ¡ay dolor! cual raza espúrea

Perdeis, siervas de un déspota sombrío,

Hasta la libertad del albedrío.

Al menos al bozal de Mozambique

No se veda en el indico hemisferio

Que sus amores oiga y gratifique

La que con él comparte el cautiverio;

No á su libre elección muro ni dique

Del amo o pone el absoluto imperio;

Y al fin, si es negro y su fortuna negra,

Tambien lo son la cónyuge y la suegra.

Mas ¡qué dolor á tu dolor iguala,

Expatriada, indefensa criatura,

Que condenada en arábesca sala

A aborrecida tétrica clausura,

De amor forzado alumna y colegiala,

Por premio á tu fatídica hermosura

Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano

Juntas la de un amigo ó de un hermano?

Surge tambien de la comun desgracia

Dulce fraternidad. La suerte esquiva

Que por diverso rumbo os lleva á Tracia

Os une en obligada comitiva;

Mas el hijo de Agar en su autocracia

Aun del fraterno amor ¡sútil! os priva;

Que si en la servidumbre sois iguales,

De hermanas su capricho hace rivales.

Tiende la raspa sobre muelle pluma,

Y una el café le sirve, otra la pipa,

Otra pena su barba y la perfuma,

Otra á agitar el viento se anticipa

El el calor ó algun tábano le abruma;

Y todas al antojo, á la chiripa

Son en aquella impura mescolanza

Deudoras de una efímera privanza.

Ni apenas desarruga el ceño torvo

En pró de la hermosura preferida;

Como quien dice: « de entre tanto estorbo

Hoy sola tú en mi gracia hallas guardido;

Y cuando puedo de mi alfanje corvo

Victima hacer tu miserable vida,

De tu amor son mis brazos recompensa.

Bendice ¡esclava! mi bondad inmensa. »

Alguna habrá que el prepotente labio

Mas aborrezca cuanto mas sonria;

A alguna que agradezca á su astrolabio

Entre tantos de horror un fausto dia;

Mas ora tal favor reputa agravio,

Ora con él su vanidad se engría,

No impune ha de gozar del privilegio,

Que en odio la tendrá todo el colegio.

Que, por mas que repugnen las caricias

De importuno amador rústico ó necio;

Si yerla el corazón no pide albrietas

De triunfos que nó anhela, hartó mas recio

Que brindarle con fiestas y delicias,

Harto mas rudo golpe es el desprecio

Á una mujer sensible, y mas á aquella

Que empadronada ha sido como bella.

Por dicha el beso y el desden alternos

Sus varias sensaciones neutralizan.

Á á fuerza de veranos y de inviernos

Ó sus almas al fin se metalizan,

Ó acaban por formar vínculos tiernos

Las que en el noviciado se hostilizan;

Que es muy grande el poder de la costumbre

Y nadie muere ya de pesadumbre.

Gozosas cacarean las gallinas

Con un solo marido entre la parva,

Que tal vez galatea á las vecinas

Despues que en su corral triunfa y escarba.

Tal suerte os cabe, hermosas concubinas.

¡Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,

No hay diferencia entre el Sultan y el gallo

Y quien dice corral dice Serrallo.

Ni es mucho que á la impúbera rapaza,

Que aun de amor no sintió la flecha agoda

Cuando se vió vendida en una plaza,

Mas amable parezca y menos ruda

Que su avarienta abominable raza

La que de tosca jerga la desuuda

Y de seda la viste y de brocado

Y con perlas guarneece su tocado.

¡Qué portento si, mansa á quien la halaga,

Herido del amor late su seno?

De patria impía la memoria vaga

¡Será triaca al plácido veneno?

Si los suyos le dan tan mala paga

Y hace Edem su prision el Sarraceno,

Y si al fin el mandato es dulce y grato,

¡Qué mucho que obedezca su mandato?

El de infelice sierva adocenada

Puede hacerla sultana favorita.

Hoy la que ayer salia de la nada

Cuanto cumple á su gusto facilita;

Hoy al solo fulgor de su mirada

Tiemblan el babilon y el troglodita

Mientras muere quizá de hambre y cansancio

El padre atroz que la vendió á Bizancio.

Ni tanto es menester para que adore

Tarde ó temprano á su señor y amante:

Basta que en sus entrañas atesore,

Trasunto de papá, cándido infante

Que crezca y se rebulla y nazca y llora

Y pida teta ó que el ro-ró le cante,

Y ora su labio angelico sonria

Ora charle en donosa algarabía.

Que no hay pasión que el ánima trasporte

Como el materno amor, ni amarga pena

Que bálsamo tan dulce no conforte;

Y aunque, por culpa suya ó por la agena,

Muchas hay que aborrecen al Consoite

Con quien el sí nupcial las encadena,

Ninguna madre en corte ni en cortijo

Deja de amar al padre de su hijo.

Madre ó no madre, en tanto, la odalisca;

Que asegurada tiene la pitanza,

Transige con su estrella, y rio y trisca,

Ó toma el freno en celestial holganza;

Ó juega, ora al bishis, ora á la brisca;

Ó pone faltas á la que entra en danza;

Ó del hájá se mofa y del eunuco

Saboreando golosa un almendruco.

Pero esto no del monstruo disimuye

La horrible iniquidad, la torpe infamia,

Que á la inocente niña prostituye

Y de angel puro la convierte en lámina,

Y con su propia sangre contribuye

De un alarbe á la innumada poligamia.

¡Fuego de Dios en él!, que no en la moza,

Ni en el que la ha comprado si la goza.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.